

7ª SESIÓN: VIVIR DE FE, NO DE NORMAS (MT 14-15)

“POR QUÉ OS SALTÁIS EL MANDAMIENTO DE DIOS EN NOMBRE DE VUESTRA TRADICIÓN?” (MT 15,3)



INTRODUCCIÓN

Estimados amigos de la Biblia. Un saludo a todos.

Dedicamos este comentario a los capítulos 14 y 15 de Mateo. En ellos el evangelista narra varios episodios sin conexión clara entre ellos: la muerte de Juan el Bautista (Mt 14,1-12), la doble multiplicación de los panes y los peces (Mt 14,13-21 y 15,29-39), la confesión de los discípulos de Jesús como Hijo de Dios (Mt 14,22-33), una nueva disputa con los fariseos y letrados (Mt 15,1-20) y su encuentro con la mujer cananea (Mt 15,21-28).

Del conjunto de todos ellos se desprenden, como veremos, varios rasgos de la personalidad de Jesús: su autoridad, el sentir de su corazón, su condición de “Hijo de Dios” y lo mucho que valora la fe, en este caso de una mujer cananea.

Comenzamos.

EL ASESINATO DE JUAN EL BAUTISTA (MT 14, 1-12)

El relato de la muerte del Bautista está escrito en retrospectiva. Ya había sucedido, pero no había sido contada todavía. Se inicia con la afirmación de Herodes Antipas, que se pregunta quién es Jesús y cree que es Juan el Bautista que ha resucitado (v. 1,1-2). A continuación, se narra el motivo del encarcelamiento de Juan (v. 3-6) y el fatal desenlace en la fiesta de cumpleaños del rey (v. 7-12).

La pregunta de Herodes es reflejo de su miedo, un miedo irracional, expresión de su mala conciencia por haber asesinado a Juan. Lo había encarcelado por haber denunciado este su desposorio con la mujer de su hermano, algo que la ley prohibía (Lv 18,16; 20,21), pero se debatía entre eliminarlo o no, pues el evangelista Marcos dice que le temía, le protegía y le escuchaba con gusto (Mc 6,19-20).

El relato refleja claramente la superficialidad y frivolidad de Herodes, de su esposa Herodías y del ambiente cortesano en el que ambos se mueven. Llegado el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danza ante él y los invitados y, entusiasmado, no se le ocurre otra cosa que prometer darle cualquier cosa: “Pídemelo lo que quieras y te lo daré... Te daré lo que me pidas, hasta la mitad de mi reino” (Mc 6,22-23), en un ejercicio inmenso de irresponsabilidad como gobernante, pero que le compromete ante todos los comensales presentes: magnates, tribunos y principales de Galilea.

Todo el contexto y, sobre todo, el odio de Herodías hacia Juan, la seducción que ejerce la joven sobre Herodes y la actuación disparatada de este, confiere al relato un especial tono dramático y macabro. Al final, Juan muere por nada, mejor dicho, por un capricho cruel de una mujer que quería matarlo y no podía, pero que utiliza a su hija para conseguir su objetivo y por la falta de personalidad de Herodes.

La muerte de Juan y la alusión a sus discípulos que recogen su cuerpo para enterrarlo (v. 12), presagia y preanuncia lo que le sucederá a Jesús: también en su caso, será el odio lo que motivará su injusta muerte.

MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES (MT 14, 13-21)

Informado de la muerte de su primo, el texto no describe el duelo de Jesús, sino que entra ya directamente en una nueva narración: la de la multiplicación de los panes y los peces.

A diferencia de otros, este milagro no es de curación, sino que Jesús sale al paso de una necesidad de la gente, que no llega a ser extrema pues, como dicen los discípulos, podría haberles mandado a buscar alimento, como tampoco lo era la falta de vino en las bodas de Caná (Jn 2,1-12), aunque creaba una situación muy delicada e importante para los novios, por el significado del acontecimiento.

Jesús se retira a un lugar solitario en una barca, pero la gente la sigue, de modo que al desembarcar “vio mucha gente, SINTIÓ COMPASIÓN de ellos y curó a sus enfermos” (Mt 14,13-14). ¡Muy importante! este “sentir compasión”, que equivale a “sentir conmoción de entrañas” o a “sentir piedad”. La expresión “compasión” hace referencia al “seno materno”, a un estremecimiento de las entrañas que le movió “a curar a los enfermos”. Muy importante, insisto, porque nos permite asomarnos al corazón de Jesús, que en el evangelio de Mateo tiene, como uno de sus rasgos más característicos, el ser “pastor compasivo”.

Todos los evangelistas reproducen este hecho, con algunas variantes, pero con una gran semejanza de fondo:

- *EN MATEO (14,13-21) Jesús se retira a un lugar solitario, pero la gente le sigue. Al verlos, siente COMPASIÓN DE ELLOS Y CURA A SUS ENFERMOS. Ante la intervención de los discípulos que le dicen que mande a la gente a los pueblos para comprar comida, Jesús les manda darles ellos mismos de comer, y a partir del poco alimento disponible (cinco panes y dos peces), alimenta a 5.000 personas, sin contar mujeres y niños, y todavía sobran doce canastos llenos. En Mateo, Jesús centra su atención en la gente, de quien siente compasión y a cuyos enfermos cura.*

- *EN MARCOS (6,30-44) Jesús también siente compasión de la gente, pero por otro motivo: porque “estaban como ovejas que no tienen pastor” y, en vez de curar a los enfermos, “se puso a enseñarles muchas cosas” (Mc 6,34). El resto del relato es esencialmente igual.*
- *LUCAS (9,10-17) concreta el lugar a donde Jesús se retiró: Betsaida, y al ver a la gente les acoge y hace las dos cosas: “les hablaba acerca del Reino de Dios y curaba a los que tenían necesidad de ser curados” (v.11). Ante el “dadles vosotros de comer” de Jesús, los discípulos, además de alertarle de la escasez de comida, le plantean la posibilidad de ir ellos mismos “a comprar alimentos para toda esta gente”. En el relato lucano Jesús no manifiesta compasión hacia la gente, pero sí los acoge, les habla y cura.*
- *JUAN (6,1-14) nombra el lugar donde va Jesús: “La otra ribera del mar de Galilea, el de Tiberíades” e indica el motivo por el que le seguía la gente: “porque veían las señales que realizaba en los enfermos”. Tampoco Juan hace referencia a la compasión de Jesús sino al hecho de que, “al levantar los ojos y ver que venía hacia él mucha gente, dice a Felipe: ¿Dónde vamos a comprar panes para que coman estos?”, destacando que “lo decía para probarle, porque él sabía lo que iba a hacer”.*

Es bueno hacer este ejercicio comparativo cuando varios evangelistas cuentan el mismo episodio, porque nos abre a las diversas claves de lectura de cada uno y enriquece el relato.

Volviendo a Mateo, los discípulos intervienen sugiriendo a Jesús lo obvio: “atardece” y “están en descampado”. Lo lógico, prudente y conveniente es despedir a la gente para que vaya a buscar comida. A nivel humano, no hay otra cosa que hacer.

Sí, como dice el evangelista, la gente ha seguido a Jesús mientras atravesaba el lago en barca y curaba a mucha gente, es fácil darse cuenta de que han pasado el día fuera de sus casas y, a

la hora de la cena, que para la gente de entonces era la comida más fuerte del día, no tienen qué comer¹.

La respuesta de Jesús a sus discípulos es sorprendente y se repite en todos los evangelios menos en Juan: “Dadles vosotros de comer” (Mt 14,16; Mc 6,37a; Lc 9,13a), a la que estos argumentan haciéndole ver que solo tienen cinco panes y dos peces, una cantidad a todas luces insuficiente para tanta gente.

Sin ser extrema la situación, tal como se plantea no tiene salida pues, aunque Jesús no quiere decir a la gente que se vaya y manda a sus discípulos que les den de comer, en realidad no hay comida para tantos. Es entonces cuando interviene Jesús:

Mandó al gentío que se recostara en la hierba y tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la acción de gracias, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos a su vez se los dieron a la gente (v. 19).

Estas palabras y la acción de Jesús es el núcleo del milagro y recuerda otros episodios bíblicos:

EL MILAGRO DE ELISEO en época de hambre:

Cuando Eliseo se volvió a Guilgal había hambre en el país... Vino un hombre de Baal Salisa y llevó al hombre de Dios primicias de pan, veinte panes de cebada y grano fresco en espiga; y dijo a Eliseo: “Dáselo a la gente para que coman.” Su servidor dijo: “¿Cómo voy a dar esto a cien hombres?” Él dijo: “Dáselo a la gente para que coman, porque así dice Yahvé: comerán y sobrará” (II Re 4,42-44).

DIOS CUIDA DE ELÍAS, que ha huido de Jezabel y ha deseado morir en el desierto:

¹ El evangelista narra una segunda multiplicación de los panes y los peces en Mt 15,29-39, con algunas diferencias con relación a esta, entre las que destacamos que allí Jesús dice que esta multitud lleva tres días con Él: “Me da lástima de esta gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen por el camino” (v.32), lo que le da un mayor dramatismo, pues aquí no parece haber tanta urgencia en alimentar a la gente.

Cuando ella (la viuda de Sarepta) iba a traérsela (el agua), le gritó: “Tráeme, por favor, un bocado de pan en tu mano.”

Ella le dijo: “Vive Yahvé tu Dios, no tengo nada de pan cocido: sólo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la orza. Estoy recogiendo dos palos, entraré y lo prepararé para mí y para mi hijo, lo comeremos y moriremos.” Pero Elías le dijo: “No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz una torta pequeña para mí y tráemela, y luego la harás para tí y para tu hijo. Porque así habla Yahvé: no se acabará la harina en la tinaja, no se agotará el aceite en la orza hasta el día en que Yahvé conceda la lluvia sobre la haz de la tierra.”

Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron ella, él y su hijo. No se acabó la harina en la tinaja ni se agotó el aceite en la orza, según la palabra que Yahvé había dicho por boca de Elías (I Re 17,11-16).

DIOS ALIMENTA A SU PUEBLO que ha salido de Egipto y teme morir de hambre en el desierto:

Y Yahvé habló a Moisés, diciendo: “He oído las murmuraciones de los israelitas. Diles: al atardecer comeréis carne y por la mañana os hartaréis de pan; y así sabréis que yo soy Yahvé, vuestro Dios.”

Aquella misma tarde vinieron las codornices y cubrieron el campamento; y por la mañana había una capa de rocío en torno al campamento. Y al evaporarse la capa de rocío apareció sobre el suelo del desierto una cosa menuda, como granos, parecida a la escarcha de la tierra. Cuando los israelitas la vieron, se decían unos a otros: “¿Qué es esto?” Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: “Este es el pan que Yahvé os da por alimento... Que cada uno recoja cuanto necesite para comer... Que nadie guarde nada para el día siguiente.” Pero no obedecieron a Moisés y algunos guardaron algo para el día siguiente; pero se llenó de gusanos y se pudrió (Ex 16,6-20).

Asimismo, la actitud de Jesús antes de repartir los panes, recuerda las palabras y los gestos de Jesús en la última cena. En ambos casos Jesús toma el pan, alza la mirada, pronuncia la acción de gracias, parte el pan y se lo da. Comparamos los textos:

Tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición y, partiendo los panes, se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente (Mt 14,19).

Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y dándoselo a los discípulos, dijo: "Tomad, comed, este es mi cuerpo" (Mt 26,26; Lc 22,19).

El hecho de que comieran 5.000 personas, sin contar mujeres ni los niños, y sobraron 12 cestos, da a entender que Dios no calcula a la hora de derramar sus dones, sino que lo hace de modo superabundante, mostrando cómo funciona su corazón: con generosidad y magnanimidad sin límites. Los números, tanto de los presentes como de las sobras, ponen el énfasis en la desproporción entre el escaso avituallamiento y la magnitud del don de Dios, haciendo realidad el Salmo 22 (23):

*El Señor es mi pastor, nada me falta.
En verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis
fuerzas;
me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre.*

Como en el salmo, Jesús conduce a la multitud errante a fuentes tranquilas y a pastos abundantes: comieron, se saciaron y sobraron doce cestos (v.20) en contextos donde no hay nada, como es una hambruna (II Re 4,42-44; I Re 17,11-16) o el desierto o el descampado, donde no se puede producir nada (Ex 16,6-20; Ex 16,6-20). En verdad, el Señor es el Buen Pastor.

PRIMERA CONFESIÓN SOBRE EL HIJO DE DIOS (MT 14,22-33)

Este episodio de la barca azotada por las olas y Jesús que se acerca caminando sobre las aguas, recuerda el de la tempestad calmada (Mt 8,23-27), que ya comentamos al hablar de los milagros de Jesús (cap. 8). Allí Jesús estaba en la barca, mientras que aquí no, pero los elementos se repiten: el miedo, la falta de fe y la

admiración-confesión. En el centro del relato está Jesús que afirma: “soy yo” (v. 27) y el acto de fe de Pedro: “si eres tú, mándame ir a tí andando sobre el agua”, que se revelará frágil e inconsistente.

Después de la multiplicación de los panes y los peces, Jesús necesita estar a solas para orar. Mientras, los discípulos van a vivir una situación similar a la de la multitud hambrienta, pero mucho más dramática: allí era la falta de comida en un descampado y aquí son las olas que zarandean la barca amenazando sus vidas. Ambas situaciones, aunque diversas, tienen en común que quienes las viven no pueden hacer nada por sí mismos para superarla y necesitan ser salvados. Es, posiblemente, el escenario que vive la comunidad mateana en un contexto de persecución.

Mateo describe una situación desesperada en la que todo se vuelve en contra de los discípulos: se encuentran solos, “lejos de tierra firme”, en medio de la inseguridad del mar y de las tinieblas de la “noche”, con “viento contrario” y con olas que “zarandean la barca” amenazando hundirla. El escenario, en su conjunto, representa las fuerzas adversas que el ser humano no controla y le sobrepasan, necesitando ser salvado por Dios, el único más poderoso que ellas.

En este contexto, Jesús aparece andando sobre las aguas, gesto que indica su señorío sobre las mismas, y lo hace en la cuarta vigilia, entre las 3 y las 6 de la mañana, cuando comienza a amanecer, lo que la Biblia asocia con la acción salvadora de Dios y Mateo con la resurrección:

Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro... El ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: “No temáis..., buscáis a Jesús..., no está aquí ha resucitado” (Mt 28,1).

Jesús se presenta a sus discípulos con la misma expresión con que Yahvé se había identificado ante Moisés en el episodio de la zarza que ardía sin consumirse: “Soy yo” (Mt 14,27) - “Yo soy el que soy” (Ex. 3,1-14), lo que nos da a entender que, como allí, también aquí estamos ante una manifestación de Jesús como Dios, es decir, ante una teofanía más que ante un milagro. La reacción de los discípulos es de miedo y de creer ver un fantasma (v. 26), la misma

que tendrán cuando Jesús resucitado se presente ante ellos: “Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu” (Lc 24,37).

La actitud de Pedro es decidida, pero impulsiva, temprana y sin consistencia: “Señor, si eres tú, mándame acercarme a ti andando sobre el agua” (v. 28). Recuerda la semilla que cae en el pedregal, donde no hay mucha tierra, que brota enseguida, pero se agosta pronto porque no tiene raíz (Mt 13,5-6). Por eso, su confianza inicial pronto se transforma en miedo, que suscita a su vez, la súplica en forma de grito: “¡Sálvame Señor!” (v. 30).

Este es un momento muy importante del relato porque muestra, a las claras, tanto la condición humana como la pedagogía de Dios que asume y aprovecha esa misma condición, mezcla de prepotencia, fe y miseria, para proporcionar a Pedro y a sus compañeros una experiencia de salvación. Todos ellos habían sido testigos de la multiplicación de los panes y los peces, pero no habían personalizado la experiencia de ser salvados; lo hacen ahora y en primera persona, ante el riesgo real de morir ahogados.

Vivida la experiencia, Jesús es muy claro con Pedro y le hace ver su condición de hombre de poca fe, de la que posiblemente no tenía conciencia antes de sentir que se hundía en las aguas y necesitaba ser salvado: “¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?”.

El episodio concluye con un gesto y confesión de los discípulos:

- *“SE POSTRARON ANTE ÉL”. Ya lo habían hecho otros personajes como los magos (Mt 2,11), un leproso (Mt 8,2) y el jefe de la sinagoga (Mt 9,18) y ellos mismos lo volverán a hacer ante el resucitado (Mt 28,17).*
- *CONFESARON: “¡Realmente eres el Hijo de Dios!”, algo que en Mateo sólo lo había hecho el diablo (Mt 4,3.6; 8,29).*

Suscitar la fe y enseñar a los hombres a vivir desde la fe es lo que Dios siempre busca. Lo aprendió Abrahán (Gen 12,25) y lo viven cada día las ovejas en su relación con el pastor (Sl. 22 o 23).

NUEVA DISPUTA CON LOS FARISEOS Y LETRADOS (MT 15,1-20)

El episodio se inicia con una pregunta que, en realidad, es una acusación indirecta contra Jesús, como responsable de lo que hacen sus discípulos:

“¿Por qué se saltan tus discípulos la tradición de nuestros mayores y no se lavan las manos antes de comer?” (v. 2).

A esta pregunta Jesús responde con otra, que toca una cuestión candente en la que queda patente la incoherencia y la fragilidad argumentativa de los fariseos y escribas:

“¿Por qué os saltáis vosotros el mandamiento de Dios en nombre de vuestra tradición?”

El argumento tiene una fuerza enorme, pues si los fariseos invocan “la tradición de nuestros mayores”, Jesús invoca “el mandamiento de Dios”, que ellos se saltan en nombre de una tradición a la que dan un peso y un grado de obligatoriedad superior al mandamiento divino de sustentar a los propios padres. La autoridad que Jesús demuestra con sus palabras, y seguramente con el tono de reproche y confrontación con que lo habría pronunciado, es inmensa.

La tradición a la que se refiere Jesús se llamaba “Korban” y consistía en hacer una donación a Dios. Siendo algo ofrecido a Dios ya no se podía devolver, pues supondría la violación del voto. Esta praxis, buena en apariencia, creaba problemas, puesto que si se ofrecían a Dios los bienes que se necesitaban para la manutención de los padres, estos se veían privados de lo necesario para vivir, con lo que se transgredía el cuarto mandamiento de la Ley que Dios había dado a Moisés en el Sinaí: “Honrarás a tu padre y a tu madre”. Así, en nombre de una tradición oral, que ni siquiera estaba escrita, se transgredía un mandamiento del mismo Dios.

Las palabras de Jesús son muy duras y enérgicas:

Él les replicó: “¿Y por qué os saltáis vosotros el mandamiento de Dios en nombre de vuestra tradición? Pues Dios dijo: “Sustenta a tu padre y a tu madre y quien

deja en la miseria a su padre y a su madre tiene pena de muerte. En cambio, vosotros decís que el que declara a su padre o a su madre: “los bienes con los que podría ayudarte los ofrezco al templo”, ya no está obligado a honrar a su padre; así, en nombre de vuestra tradición, habéis invalidado el mandamiento de Dios. ¡Hipócritas!
(v. 3-7).

La polémica está servida y visto que el orgullo y la prepotencia de los fariseos les impide absolutamente cualquier tipo de autocrítica o de reconocimiento del propio error, estos encontronazos van preparando, poco a poco, el desenlace de la vida de Jesús. De hecho, estos fariseos y letrados venían de Jerusalén, donde será ejecutado.

Ante esta respuesta desconcertante, los discípulos se acercan a Jesús para referirle la reacción de “escándalo” de los fariseos (v. 11), lo que evoca lo dicho por Jesús a los discípulos de Juan: “y dichoso aquel que no se escandalice de mí” (Mt 11,6), pues Jesús no ha venido al mundo para agradar a nadie sino para decir y hacer la voluntad de su Padre. A esta intervención de sus discípulos Jesús responde de un modo igualmente desconcertante: “toda planta que no haya plantado mi Padre del cielo será arrancada de raíz” (v. 12), lo que recuerda la parábola de la cizaña, que creciendo junto al trigo (el bien y el mal), al final será arrancada y quemada (Mt 13,24-30.36-43). Y además califica a los fariseos de “guías ciegos”, ceguera a la que se referirá varias veces en un nuevo enfrentamiento con ellos (Mt 23), concretamente en los versículos 16.17.19.24.26).

Las últimas palabras de Jesús a sus discípulos son su respuesta a la cuestión planteada por los escribas y fariseos:

“Lo que sale de la boca viene del corazón, y eso sí mancha al hombre. Porque del corazón salen las malas ideas, los homicidios, adulterios, inmoralidades, robos, falsos testimonios, calumnias. Eso es lo que mancha al hombre; comer sin lavarse las manos, no” (v. 18-20).

Dicho esto, Jesús “se retiró a la región de Tiro y Sidón, donde tendrá lugar el episodio que sigue.

LA MUJER CANANEA (MT 15,21-28)

El relato de Mateo tiene su paralelo en Mc 7,24-30. Son relatos muy parecidos, por lo que remitimos al lector a nuestro comentario: <https://soto.salesianos.es/parroquia/wp-content/uploads/sites/4/2023/03/La-sirofenicia-Mc-724-30-Comentario.pdf> y añadimos una actualización de la historia.

LA HISTORIA DE MI VIDA²

¿Quién mejor que yo para contarte esta que ha sido la historia de mi vida? En mi pueblo nos gusta mucho contar historias. Aprendemos de ellas, las transformamos para que sirvan a nuestros propósitos, las contamos y repasamos, nos metemos dentro de ellas para comprenderlas mejor, porque a menudo nos indican algo acerca de nuestras vidas. ¡Hay tanto que aprender de ellas!

La historia que voy a contarte tiene una peculiaridad, y es que es la historia de mi vida. Han transcurrido ya muchos años desde que sucedió, y sigo viviendo de ella. Todo lo que he vivido después ha encontrado su lugar en ella, y todo se ilumina desde ahí. Mi historia guarda un tesoro que merece la pena descubrir.

Yo me encontraba en una situación de mucha angustia, como nunca antes. Tamara, mi hija, tenía un demonio que la maltrataba. Se hería a sí misma, nos atacaba a los demás y sufría unos dolores que la llevaban a querer quitarse la vida. Yo no sabía qué hacer, pues había probado todo, y no dejaba de suplicar ni de día ni de noche. Además, mi esposo, aunque amaba a Tamara, me había sugerido que quizá fuera mejor dejarla morir. Aquello me resultó mucho más doloroso todavía. “Eso no, nunca”, le dije una y otra vez.

Por eso, cuando oí hablar del maestro de Nazaret, ni me lo pensé. Él tenía que ayudarnos, porque su Dios es compasivo y misericordioso. Cogí el manto y salí enseguida, por miedo a que se marchara o a que hubiera mucha gente y no pudiera hablarle. Cuando le vi con sus discípulos, me puse a gritar: «Ten piedad de mí, Señor, hijo de David». Y le gritaba el nombre de mi hija, su

² Extraído de TERESA IRIBARNEGARAY, *En el centro Jesús. Lectura existencial del Evangelio de Mateo* (Col. “Pastoral” 107) Santander, Sal Terrae, 2019, p. 291-294.

necesidad. Gritaba mientras lloraba, dejando salir el dolor y el sufrimiento que en casa intentaba disimular.

El maestro no decía nada. Me iba acercando a ellos y no decía nada. Parecía compadecerse de mí, pero seguía su camino. Yo seguía gritando, llorando, dejando salir mi angustia ante aquel hombre que era toda mi esperanza.

Los discípulos, avergonzados por mis gritos, le pidieron que me atendiera. Yo seguía sollozando, repitiendo mi cantinela: «Ten piedad de mí, Señor; mi hija vive maltratada por un demonio». Y no sabemos qué hacer, no podemos vivir...

Fue entonces cuando respondió a los discípulos: «Dios me ha enviado solo a las ovejas perdidas del pueblo de Israel». Movida como por un resorte, me postré ante él y le supliqué: «¡Señor, socórreme!». No sabía cómo ni por qué, pero en este hombre reconocía a Dios. Podía ver en él la compasión y el poder de Dios.

Él me respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos para echárselo a los perrillos». Eran unas palabras duras que no casaban con lo que había visto de él, pero entendí que no me respondía de este modo para humillarme, porque no le importara mi dolor, sino porque tenía muy clara su misión de que Dios le había enviado a las ovejas de Israel. Comprendí que me negaba lo que yo le pedía doliéndole en su corazón.

Mi respuesta no fue mía, me salió sin pensar: «Es cierto, Señor, pero también los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos». Al momento se disipó la tensión del rostro de Jesús y toda su persona se distendió, descansó, se abrió, se iluminó. Sonrió y, mirándome a los ojos, tomándome las manos para ponerme en pie, me dijo: «Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que suceda lo que pides».

Entonces descubrí qué es la fe. No es solo creer que hay un Dios o pedirle que te ayude cuando lo necesitas, a ti o a otros. No es solo reconocerlo en algunas personas o en seres extraordinarios como él, en quien parecía que tocabas a Dios. También es fe cuando, al escuchar sus palabras, supe con certeza que Tamara estaba curada. Y lo es también algo que yo no sabía: que la fe es creer en Jesús, en su persona, no solo en sus palabras ni en el poder que estas tienen para transformar la enfermedad en curación, la angustia

en alegría, y desterrar la desesperanza. Creer en él es, por encima de todo, creer en su persona y vivir consagrándole la vida.

Se me hizo claro que yo creía en este hombre que vivía unido a Dios, este hombre en el que podía ver a Dios. Puedo decir desde entonces que la fe te permite descubrir a Dios en Jesús y comprender el sentido de las cosas según el modo como Dios las ve. Percibí que la fe lleva más allá, a otro lugar, a otro mundo que, desbordando las fronteras de Israel, Dios quería ofrecer a todos. El Padre había conducido a Jesús hasta nuestra región y, con ocasión de mi necesidad, nos mostraba que quería llegar también a los que no somos de Israel, a todos... La fe me permitía ver esto, que nunca antes había creído ni conocido.

El encuentro con Jesús cambió la historia de mi vida. Desde entonces he vivido desde él, que me ha ido revelando lo que de verdad importa en la vida. En este encuentro descubrí que la fe es la verdadera puerta a la Vida y que la súplica nos muestra nuestro verdadero lugar: el de criaturas necesitadas de salvación, y la libertad que supone abrirse a lo que Jesús quiera decir o hacer, con la certeza de que siempre actuará en nuestro favor.

Mil veces he revivido esta historia que me permitió conocer la Compasión y la Fidelidad de Dios, que me mostró qué es importante y qué no, qué buscar y escuchar y qué no. Aquel encuentro configuró y talló mi relación con Jesús, el Señor, al que me vuelvo, al que grito, al que celebro, amo, escucho en todas las situaciones de la vida. En Jesús lo encontré todo, por eso digo que esta historia que te he contado, no es una más, sino la historia de mi vida. ¡Ojalá Dios te dé vivir un encuentro así!

CONCLUSIÓN

Terminamos aquí, querido lector y amigo de la Biblia, nuestro comentario a los capítulos 14 y 15 de Mateo. En ellos hemos sido testigos de la autoridad que irradiaba la persona de Jesús, de la confesión de fe de sus discípulos, que lo reconocen como "Hijo de Dios" y de su firmeza ante quienes ponen los preceptos humanos por delante de los mandamientos de Dios. Y hemos concluido con el testimonio de fe de la mujer cananea, preanuncio de la universalidad del mensaje de Jesús.

Nuestro próximo comentario abarcará un horizonte muy amplio: los capítulos 16, 17 y 18 de Mateo, con tres episodios de gran importancia: una segunda confesión de fe, en este caso de Pedro (Mt 16,13-28), la transfiguración de Jesús (Mt 17,1-13) y el cuarto discurso de Jesús centrado en la comunidad (Mt 18).

A partir de la transfiguración, Jesús emprenderá la subida a Jerusalén, donde tendrá que sufrir mucho, ser ejecutado y resucitar al tercer día (Mt 16,21). Este será el horizonte, cada vez más cercano, de nuestro caminar por el evangelio de Mateo.

Y recuerda: “Caminante no hay camino. Se hace camino al andar”. Caminemos con él.

Un abrazo.

Carlos Rey - SDB